

ción de los cambios en algunos personajes y visión integral del hombre y de la sociedad.

Al término de nuestra ojeada —añadiremos el testimonio de nuestro sentimiento por la prematura muerte de la autora, que nos ha dejado en sus obras el cabal exponente de un alto magisterio—, sólo nos resta felicitarnos por la aparición de un gran libro que, estamos seguros, contribuirá a una más alta y acendrada estima de la inmortal *Tragedia de Calisto y Melibea*.

JOSE GARCIA CARCIA

CARLOS BLANCO AGUINAGA. *El Unamuno contemplativo*. El Colegio de México. México, 1959.

En el prólogo, Carlos Blanco Aguinaga presenta al Unamuno sobradamente conocido de irracionalismo gratuito, agonía y violencia. El Unamuno de mito y leyenda al que hay que añadir, según el libro del joven ensayista, un Unamuno al que él encontró nostalgia y ternura resignados y un tono espiritual que no eran expresión de su famoso espíritu agónico, ya que existían dentro de la obra de Unamuno, metáforas, símbolos, temas que lo apartaban del agonista legendario, y así Blanco Aguinaga hace un breve resumen de la temática agonista para llegar al fondo del Unamuno contemplativo.

En su primer capítulo presenta al Unamuno agonista que quería quedarse para siempre en su leyenda para pasar luego a analizar más detenidamente a un Unamuno con una nueva faceta en alternancia con la otra. Un Unamuno en cuya obra ve Blanco Aguinaga un ser deseoso de dar ancla en el sosiego, una voluntad de paz nacida del cansancio de la agonía, que en las páginas siguientes descubre de dónde nacen esos rechazos de la agonía, llegando a delimitar perfectamente a un Unamuno que ya se vislumbra en «Paz en la guerra» y «En torno al casticismo» hasta «Cancionero», su diario de los últimos años. Tarea ardua, ya que la obra de Unamuno carece de orden, de continuidad; Blanco Aguinaga intenta un sistema, un orden para tratar de llegar a esa personalidad de Unamuno a través de su obra.

Empezando con «En torno al casticismo», Blanco Aguinaga encuentra delineado claramente el yo «activo» y el yo «contemplativo» de Unamuno. Analiza sus posturas activa o dinámica dentro de la obra; también hace ver su deseo de paz, de esencia, de eternidad, de inconsciencia y la intuición más original: nada menos que el tan traído y llevado concepto de «intrahistoria» del que parten todos los temas y subtemas, símbolos y metáforas peculiares al Unamuno contemplativo. Es esta obra una confesión que pretende originar la paz. Al predicar la inconsciencia y la no historia, en este libro histórico y polémico predica, pues, Unamuno la paz. Y la misma paradoja aparece en «Paz en la guerra». La desmenuza Blanco Aguinaga presentando una relación entre su argumento y su «tesis» reflejados en el vivir de Pedro Antonio: un vivir que llega a ser, ajeno a toda historia, un puro «reflejo de reflejo», y en Pachico Zabalbide, que, pese a los cambios, sigue idéntico su amor a la Naturaleza, que le hará intuir —después de la experiencia de la guerra y de la paz, de la muerte y de la vida— la revelación de la armonía eterna. Unamuno es Pachico. Pachico es el reflejo del Unamuno contemplativo, y el mismo espíritu de la obra lo encontramos en «El perfecto pescador de caña», apología de la vida contemplativa, que luego aparecen rotundos, positivos y estrictamente contemplativos, en poemas «De Fuerteventura a París».

En el estudio de los temas y símbolos principales, Blanco Aguinaga toma como punto de partida la idea de la niñez, tan querida y recordada constantemente por Unamuno en su obra, tan necesaria como manantial de vivencias no agónicas para pasar luego a la importancia del hogar y de su esposa: primer y último centro del refugio cotidiano de la «paz santa», e insiste Blanco Aguinaga en la importancia de la esposa-madre, que es, con el mar, el símbolo central a cuyo calor renace el Unamuno contemplativo. La madre: su imagen en la memoria subconsciente del hombre-hijo, la entrega al «sueño de dormir» y las canciones de cuna. Analiza profundamente el autor la presencia de la mujer-madre como una constante básica en la obra de Unamuno y varios conceptos del sueño que, junto con la música y las canciones de cuna en *Teresa*, largo poema, concentra todos estos símbolos, conceptos y metáforas.

En la Naturaleza, según el libro que nos ocupa y en detallado estudio, ve el autor lo que nombó el espíritu de Unamuno y cómo sigue viviendo en él como elemento sustancial de la continuidad de su ser contemplativo. En la tesis de «Paz en la guerra», *naturaleza* se opone a *historia*, a todo lo que signifique conciencia temporal. En Unamuno la naturaleza le producía la misma tendencia a «fundirse» con el Universo, los mismos estados del alma que le producía el regazo de la madre. Todo paisaje absorbido en soledad y silencio es para Unamuno una visión que guió su espíritu, envuelto ya en «serenidad», hacia la idea de lo eterno. Y no en la mar, quietud eterna, continuidad de vida verdadera sin tiempo, símbolo último de lo que es para Unamuno la

Naturaleza por oposición a la Historia. Profundiza Blanco Aguinaga el concepto de intrahistoria, esta intuición esencialista de la cual vemos originarse todo lo peculiar y que forma el Unamuno contemplativo y la relación íntima entre este concepto y el de Naturaleza.

Explica luego la doble alternancia en Unamuno. En «San Manuel Bueno, mártir», la novela en que se ve más claro el cansancio de la agonía, uno de los motivos de su tendencia a lo inconsciente, vida fuera del tiempo, como la Naturaleza. Esta «desconcientización» no hubiese sido posible si no estuviese ya implícita en la teoría de la intrahistoria de «En torno al casticismo». Un Unamuno contemplativo que desde su juventud entra en comunión con la Naturaleza, con un espíritu tendido hacia lo eterno inmóvil como hacia un sueño de paz del regazo de la madre. Dos Unamunos contrarios y alternantes siempre. Un Unamuno cuyo simple cansancio de la agonía le hace entregarse a la idea poética de la quietud y el silencio. Y sigue Blanco Aguinaga demostrando, al estudiar la obra de Unamuno, que la Naturaleza es el «regazo» para perder la conciencia y desarrollar el símbolo del agua. Mar-cuna-regazo. Haciendo ver que frente al mar, más que ninguna otra forma de la Naturaleza, está todo el pensamiento de Unamuno así en la necesidad de olvidarse de sí mismo, de fundirse, anejarse, enajenarse.

En el símbolo del agua, con una estadística de él en la obra unamuniana, ve Blanco Aguinaga un símbolo que pierde su valor objetivo-descriptivo y llega a simbolizar, junto con la idea de la madre, el anhelo de quietud eterna y de paz inconsciente. Especial importancia tiene el lago. El Unamuno contemplativo busca y encuentra lo inmóvil en la llanura, en el río, bajo las olas del mar, lejos de la Historia... y anda buscando un símbolo que sea como el centro de su tendencia a la inmersión, a la pérdida de su *yo* en lo eterno inmutable: este símbolo es el lago. En la lluvia, en la nieve, ve Blanco Aguinaga no sólo símbolo de la vida de la costumbre, sino que ayuda a borrar toda realidad. Así como en la luz difusa la continuidad inmaterial e inconsciente y en el nimbo, la penumbra, el matiz en que, en perpetua y «suave transición», vive eternamente el alma de las cosas de la Humanidad. Y en las iglesias, su recogimiento como en el claustro materno; y en los atardeceres, un agonizar, un simple dejarse morir en el nimbo de la luz difusa. Y surgen el otoño, la noche estrellada y la luz de la luna como una entrega de la conciencia, al sentirlos, al contemplarlos, a la idea de lo eterno.

Cierra Blanco Aguinaga su libro con un epílogo sobre los dos Unamunos. Un libro firme, serenamente construido, cuidadosamente estudiado y extraordinariamente interesante por aportar una visión nueva de una faceta desconocida e inseparable de Unamuno.